

## ENCONTRANDO LA IGUALDAD

Hayat era una joven musulmana de 18 años que vivía en un pueblo bereber en Marruecos. Allí la mayoría de los pueblos son pequeños, con casas bajas de adobe y piedra, calles sin asfaltar, valles verdes, enormes paredes de roca, ríos y zonas de cultivo... Allí los chicos y las chicas nunca están juntos. Cada uno tiene una clase distinta en la escuela, van a la mezquita a una hora diferente, juegan por separado.

La chica vestía como las mujeres de su país, con túnicas largas de colores y un velo en la cabeza cubriendo su pelo y parte de su cara. Sólo podía quitarse el pañuelo dentro de casa cuando sólo había mujeres.

Ella era la única hija, tenía 2 hermanos mayores y 2 pequeños. Desde pequeña la habían enseñado que debía obedecer a los varones de la familia, especialmente a su padre y solía hacerlo para no recibir castigos y golpes.

Aunque le gustaba mucho aprender, no sabía leer bien porque no podía acudir mucho al colegio ya que tenía que ayudar a su madre a hacer la casa, la comida y cuidar de sus hermanos pequeños. Ellas eran las encargadas de las labores del hogar y su padre iba a trabajar en el campo y a hacer la compra al mercado porque allí son los hombres quienes administran el dinero que ganan todos los miembros de la casa. A pesar de que en su país la mayoría de las mujeres no suelen trabajar porque no salen mucho de casa; en alguna ocasión, Hayat iba con sus hermanos mayores a ayudar en el campo a un tío suyo que tenía tierras propias. Cuando acababan la jornada, éste solía pagar a sus hermanos o a su padre el trabajo realizado por los 3 de cada día y, como era normal, a ella la pagaban menos que a sus hermanos.

Un día su vecina las contó que uno de sus hijos, Ahmed, vivía en España e iba a venir en los próximos días a visitarla. Las contó que él desde pequeño fue muy ambicioso, que discutía mucho con su padre porque le desobedecía en todo y que, como siempre le llamó la idea de hacerse rico y vivir en Europa, con 17 años juntó dinero para pagar a una gente que le llevara a una patera a ver si llegaba hasta aquel país. Su hijo ya llevaba allí más de 15

años y había conseguido un trabajo y una casa, pero ella opinaba que estaba muy solo y ya tenía edad para casarse y hacerla abuela.

Al contárselo, a las madres se les ocurrió que sus hijos podían hacer buena pareja y que les presentarían para empezar a pensar en casarlos. Además, les parecía que 14 años de diferencia era perfecto porque así ella le cuidaría cuando éste se hiciera mayor y ahora estaba en plena juventud para poder tener todos los hijos que les diera Alá.

En cuanto el chico llegó, empezaron a hacer coincidir a la pareja y a hablarles al uno del otro y, antes de que a él se le terminaran las vacaciones, ya estaban casados. La sorpresa fue que Ahmed quiso que su esposa le acompañara a España desde ese mismo momento. No quería volver solo.

Hayat se sintió muy triste porque no quería alejarse de su familia ya que siempre vivió muy cómoda en su casa y en su pueblo, pero ahora su marido mandaba sobre ella y su padre no podía hacer nada. Así que preparó su maleta y tuvo que marcharse con su nuevo esposo.

Cuando llegó a España todo fue mucho más difícil, no podía hablar con nadie porque no tenía amigas ni entendía a nadie, no salía de casa y siempre estaba sola porque él estaba todo el día trabajando. Las cosas se complicaron cuando Ahmed empezó a darle dinero para comprar y hacer pagos. Se sentía incapaz de hacerlo, lloraba mucho y sólo pensaba en volver con su familia.

Al poco tiempo se dio cuenta de que estaba embarazada y se puso más triste aún porque comprendió que ahora sí que su marido no iba a permitir que ella volviera a vivir a Marruecos y separarse de su hijo.

Cuando Ahmed se enteró se puso muy contento, pero no entendía por qué ella estaba tan triste. Así que le dijo: “Ahora vives en Europa, vamos a tener una familia aquí y debes vivir como la gente de aquí. Aprovecha que las mujeres en Europa tienen oportunidades: estudian, trabajan, manejan dinero, viven libres ... y luchan por ser iguales que sus maridos. Este lugar no es bueno para los hombres egoístas de nuestra cultura, pero tú eres mi esposa y quiero ayudarte porque no vine aquí para ganar dinero. Quiero que el futuro de mi familia sea mejor”

Tras escuchar eso, comprendió lo afortunada que era porque su marido pensara de esa manera y se dio cuenta de que lo mejor era recuperar todas sus inquietudes porque, si se esforzaba, aprendería muchas cosas que antes no había sido posible.

Empezó a observar a las mujeres. Lo primero que hizo fue apuntarse a aprender el idioma y terminar los estudios obligatorios para poder buscar un trabajo. La incomodaba mucho tener que compartir las clases con hombres ya que nunca lo había hecho.

No podía creer lo feliz que era Ahmed con la llegada de su hija, aunque no fuera un varón. La llamaron Huriya (Libertad en castellano). Él la cuidaba, la paseaba y siempre estaba pendiente de que no les faltara nada y ayudar en casa. Era algo nuevo para Hayat porque en su país los padres no se ocupan del cuidado de los hijos y el hecho de que él cogiera una fregona o hiciera la cama la provocaba risa. Eso la daba más energía para seguir adaptándose al nuevo lugar.

Ahmed un día apareció sonriente en casa con un papel... era la matrícula de la autoescuela. Eso era demasiado. Hayat no se sentía capaz de coger un coche. Jamás lo había pensado.

Poco a poco fue consiguiendo hablar castellano, finalizar la ESO, aprobar el carné de conducir, tener amigas de distintos países, ir a la compra, manejar el dinero del hogar y trabajar con hombres realizando las mismas tareas y recibiendo el mismo salario que ellos. No volvió a recibir castigos por parte de un hombre y empezó a vestir con pantalón.

Tres años después, consiguieron reunir dinero para volver a Marruecos unos días de vacaciones y que su familia pudiera conocer a su hija. Hayat estaba tan feliz que a su madre le costaba creer todo lo que le contaba.